

Apostillas al concepto de latinidad

José Ortiz Monasterio*

A Dominique Fournier, maestro y amigo

François Chevalier ha afectado mi vida, y la de muchos otros historiadores de América Latina, de una manera decisiva. Yo represento a una segunda generación de historiadores que, sin ser sus alumnos directos, sí nos consideramos sus discípulos y a él lo miramos como el maestro en toda la acepción de la palabra.

Inicié mis estudios de historia en la Universidad Nacional de México a mediados de la década de 1970, y nuestros mejores maestros seguían la corriente historicista, como era el caso de Edmundo O’Gorman y Juan A. Ortega y Medina, Álvaro Matute y Eduardo Blanquel. Este último nos hizo leer un par de obras de teoría de la historia de Marc Bloch y Lucien Febvre, y fue así como conocimos la escuela de los *Annales* que nos impactó profundamente. La visión global de economía-sociedad-civilización nos ofrecía una visión mucho más rica de la historia que el economicismo simplista de los marxistas; a la vez, el concepto de establecer un diálogo entre el presente y el pasado nos abría la posibilidad de incidir en la sociedad, evitando los extremos del anticuario y el activista político dogmático.

* Instituto Mora.

Esta investigación fue posible gracias al apoyo de la Maison des Sciences de l’Homme, que me permitió revisar las fuentes originales en las bibliotecas de París. Las traducciones del francés fueron hechas por la maestra Rossana Reyes, a quien le expreso mi sincera gratitud.

Pero lo mejor de todo fue cuando descubrimos que había una obra muy importante, producto de la escuela de los *Annales*, que estaba dedicada a México, me refiero por supuesto a *La formation des grands domaines au Mexique*, de François Chevalier. Y yo tuve la enorme fortuna de encontrar un ejemplar de la edición original francesa en la librería de nuestro Museo de Antropología. De esta obra quisiera citar algunas palabras de la introducción: “Ante todo queremos explicar — dice Chevalier— el presente que vivimos, buscar sus raíces unos siglos atrás”.¹

He hablado mucho de mi persona, cosa que no es de buen gusto, pero me justifico diciendo que mi historia se parece a la de muchos otros de mi generación. La obra de Chevalier, bien puede decirse, fue como una piedra que cae en un lago calmo y produce una ola, una onda expansiva que llegó muy lejos y tocó a muchos. La mejor prueba de ello es que hoy, medio siglo después, seguimos hablando de ella.

Pero mi asunto principal es la latinidad ¿por qué este tema? La razón es sencilla. En una de tantas ocasiones en que vino el maestro Chevalier

¹ “Nous voulons avant tout expliquer le présent que nous vivons, en chercher les racines quelques siècles en arrière”; François Chevalier, *La formation des grands domaines au Mexique. Terre et société au XVIIe-XVIIIe siècles*, Paris, Institut d’Ethnologie, 1952, p. IX.

a impartir conferencias a México, al fin lo conocí personalmente. Me acerqué a saludarlo y él fue sumamente amable conmigo, me dedicó un buen tiempo de conversación y lo que más recuerdo es que el maestro insistía en la palabra latinidad, la latinidad esto, la latinidad aquello. Pero de una manera sutil, que me parece que es característica de su modo de enseñar, pues más que darme él una respuesta definitiva, sembraba en mí una duda y un problema para que yo lo resolviera. Lo que sigue, en consecuencia, no es propiamente la idea de Chevalier sobre la latinidad, sino la respuesta a una inquietud que él sembró en mí. De modo que si el barco se hunde no será por culpa del maestro.

Originalmente el término “latino” se aplicaba a los habitantes del Lacio, una región de la actual Italia que dominaron los romanos antiguos. Luego se aplicó a la lengua “oficial” de los romanos que existía en paralelo con muchas otras lenguas y dialectos. De aquí viene, como es bien sabido, la denominación *Quartier Latin*, porque ese era el barrio universitario de París, donde se hablaba el latín. Otra acepción interesante es la de “vela latina”, típica de muchas embarcaciones del Mediterráneo, que es de forma triangular y muy ventajosa para la navegación, especialmente cuando el viento va en sentido contrario al destino del navegante.² Los estadounidenses han inventado otra acepción al término “latino”, que se refiere a los ciudadanos de muchos países latinoamericanos que habitan en ese país, y a sus descendientes ya naturalizados.

En cuanto al término latinidad, originalmente fue usado durante la Edad Media, según Paul Robert, como “manera de escribir o hablar en latín” (*manière d’écrire ou de parler en latin*), por ejemplo “latinidad elegante o mala” (*élégante ou mauvaise latinité*). Lo que hoy entendemos por latinidad es un concepto relativamente reciente que tiene varias acepciones: en primer lugar se refiere al imperio romano como “mundo latino o civilización latina” (*monde latin ou civilisation latine*); una segunda acepción define “el conjunto de los

pueblos que hablan las lenguas provenientes del latín” (*l’ensemble des peuples qui parlent les langues issues du latin*), de la cual surgió una tercera acepción: “el conjunto de los rasgos culturales específicos comunes a estos pueblos” (*l’ensemble des traits culturels spécifiques communs à ces peuples*);³ esta última acepción de la latinidad ha pasado por un proceso de invención, del cual hablaremos, y si bien es usada en el habla común, como categoría de análisis científico ha sido cuestionada de diversas formas. Pero más allá de las definiciones de diccionario, lo que interesa es conocer el proceso histórico de la palabra latinidad. Comenzaremos por analizar la versión positiva, es decir aquella que defienden quienes ven en la latinidad una aportación importante para la cultura y la civilización en general, y para ello aprovecharemos el análisis que hizo Edgar Morin en el año 2004, en ocasión del Coloquio Internacional “La latinité en question”, celebrado en París. Para Morin:

Hay dos rostros sucesivos de lo que puede llamarse la “romanidad”. El primero es histórico, el de una conquista sumamente bárbara que se hizo a partir de la ciudad de Roma [...], una conquista inmisericorde y destructiva [...] [por ejemplo] la destrucción total de Cartago, la gran civilización púnica. A continuación se encuentra el segundo rostro paradójico de dicha latinidad. A esta conquista feroz sobre la que acabo de hablar, le sucedió no solamente un imperio pacífico, sino también un imperio civilizador, una civilización con virtudes tanto integradoras como universalistas.⁴

³ *Ibidem*, p. 970.

⁴ “Il y a deux visages successifs de ce que l’on peut appeler la ‘Romanité’. Le premier est historique, celui d’une conquête extrêmement barbare qui s’est faite à partir de la cité de Rome... une conquête impitoyable et destructrice... [par exemple] la destruction totale de Carthage, la grand civilisation punique. Ensuite, vous avez le deuxième visage paradoxale de cette latinité. À cette conquête feroce dont je viens de parler, a succédé non seulement un empire pacifique, mais aussi un empire civilisateur, une civilisation avec des vertues à la fois intégratives et universalistes”; Edgar Morin, “La Latinité”, en Union Latine, *La Latinité en question. Colloque international, Paris, 16-19 mars, 2004*,

² Véase Paul Robert, *Le Grand Robert de la langue française*, París, Le Robert, t. V, pp. 969-970.

En efecto, el imperio romano mostró una sorprendente capacidad para absorber y hacer suyos todo tipo de rasgos culturales, que originalmente eran particulares de las regiones conquistadas. En primer lugar Grecia cautivó a sus conquistadores, a tal punto que la *Énéide*, de Virgilio, comienza no sólo rindiendo homenaje a los griegos sino convirtiéndoles en el origen o raíz fundamental de Roma; dice Virgilio:

[...] canto las armas y a ese hombre que de las costas de Troya/ llegó el primero a Italia prófugo por el hado y a las playas/ lavinias, sacudido por mar y por tierra por la violencia/ de los dioses a causa de la ira obstinada de la cruel Juno,/ tras mucho sufrir también en la guerra, hasta que fundó la ciudad/ y trajo sus dioses al Lacio; de ahí el pueblo latino/ y los padres albanos y de la alta Roma las murallas.⁵

Y, sin duda, “la fundación de Lavinio, consecutiva al casamiento de Eneas con Lavinia, hija del rey Latino, representa la culminación de la obra personal de Eneas” (*la fondation de Lavinium, consécutive au mariage d’Énée avec Lavinia, fille du roi Latinus, représente l’achèvement de l’oeuvre personnelle d’Énée*).⁶ De hecho fueron los griegos los primeros en plantear conceptos humanistas universales como “el hombre es la medida de todas las cosas”, de Protágoras, que tiene un eco latino en Terencio cuando éste afirma: “yo soy hombre, nada de lo humano me es ajeno”.

Pero más allá del humanismo universalista los romanos tuvieron una sorprendente capacidad para integrar como ciudadanos a los pueblos conquistados, me refiero en particular al edicto del

París, L’Institut des Hautes Études de l’Amérique Latine et l’Union Latine, 2004, p. 365.

⁵ “...voilà que maintenant je chante l’horreur des armes de Mars et de l’homme qui, premier, des bords de Troie vint en Italie, prédestiné, fugitif... il souffrit aussi beaucoup par la guerre comme il luttait pour fonder sa ville et installer ses dieux dans le Latium; d’où la race latine, les Albains nos pères et les murs de la haute Rome”; Virgile, *Énéide*, texto establecido y traducido por Jacques Perret, París, Société d’Édition Les Belles Lettres, 1981, libro I, pp. 1-7.

⁶ *Ibidem*, libro I, nota de Jacques Perret.

emperador Carcala del año 212, que da la ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio. A este respecto Edgar Morin señala: “Hoy que aún vemos esta tendencia a la dominación de una etnia sobre otras, es sin lugar a dudas notable que el Imperio romano haya tenido un carácter no racial, no racista. Inclusive hubo emperadores que no eran ni romanos ni italianos”. (*Il est tout à fait remarquable, alors que nous voyons encore aujourd’hui cette tendance à la domination d’une ethnie sur d’autres, que l’Empire romain ait eu un caractère non racial, non raciste. Il y eut même des empereurs qui n’étaient ni romains ni italiens*).⁷ Sin duda el carácter politeísta de la religión romana fue de gran ayuda para darle un sentido universal a su cultura; su límite fue que los ciudadanos eran una minoría de hombres libres, que excluía a la mayoría, formada por los esclavos; esto no es un asunto menor y con frecuencia se olvida.

El cristianismo también constituye una etapa fundamental de la latinidad, pues nació y se desarrolló inicialmente en el mundo latino. Luego, con la conversión del emperador Constantino, se convirtió en la religión oficial del Imperio. A partir de este momento el cristianismo integra al mundo romano, integra la latinidad de la que antes formaba parte. Para Morin: “hay un doble aspecto en esta integración: la integración de un mensaje de apertura, de un mensaje de amor, de un mensaje que es el del sermón de la montaña, y el otro aspecto, el de la intolerancia de una religión que se erige como única poseedora de la verdad, que tiene el monopolio de la verdad y que va a eliminar a las demás religiones sin piedad alguna”. (*Il y a un double aspect dans cette intégration: l’intégration d’un message d’ouverture, d’un message d’amour, d’un message qui est celui du sermon sur la montagne et l’autre aspect, celui de l’intolérance d’une religion qui se tient pour exclusive détentrice de la vérité, qui a le monopole de la vérité et qui va éliminer les autres religions de façon impitoyable.*)⁸

⁷ Edgar Morin, *op. cit.*, p. 366.

⁸ *Idem*. Para la América española la expansión del cristianismo tuvo un cariz particular: en efecto los frailes católicos eran monoteístas intolerantes, pero los indígenas



Hoy en día, cuando las creencias están a la baja, encontramos que en el discurso sobre la latinidad se pasa muy rápido por los mil quinientos años de cristianismo, digamos duro, que precedieron al Renacimiento. En términos históricos es un salto imposible; es decir que la latinidad se nos presenta actualmente como un concepto laico, adecuado a nuestro tiempo, pero nos parece que si olvidamos que el cristianismo propagó la latinidad de manera incansable primero en el Mediterráneo, luego en el norte de Europa y eventualmente en América y otras partes del mundo, sería un acto de exclusión y de condena, similar al que practicó la Iglesia cristiana con los paganos. Ciertamente, la latinidad cristiana no es ya la misma que la romana, en consecuencia, a partir de este momento debemos hablar de latinidades, en plural. La otra opción, para hablar de la latinidad en singular, sería considerarla, como todo lo humano, no como una esencia que atraviesa los siglos sin ser afectada por las contingencias del lugar y del tiempo, sino como una entidad histórica que se inventa, que se adapta y se actualiza constantemente. Considerada como un sustantivo, la latinidad, en efecto, no es sostenible y es preciso entonces hablar de “latinidades”; sin embargo, considerada como adjetivo, la latinidad, valorada como el legado del mejor humanismo y del universalismo no excluyente, tal vez sí pueda sostenerse en singular. Por otro lado es preciso decir que la ciudadanía limitada de la Antigüedad, con el cristianismo se universalizó pero sólo en la esfera religiosa y para los “verdaderos creyentes”.

Otro motivo para hablar de las latinidades en plural sería la acepción, que ya mencionamos, según la cual la latinidad sería “el conjunto de los pueblos que hablan las lenguas provenientes del latín” (*l'ensemble des peuples qui parlent les langues issues du latin*), como el italiano evidentemente, pero también el español, el portugués y

no, por ello no costó gran trabajo que adoptaran la nueva religión en un sincretismo que permanece hasta la fecha. Sobre este aspecto véase, por ejemplo, Ronald Spores, “El encuentro entre los mixtecos y los dominicos en la ciudad de Yucundaa, 1530-1550”, en *Anuario Dominicano. Oaxaca, 1529-2006*, t. II, pp. 75-88.

el rumano. Pero esta aparente pluralidad tiene sus complicaciones, porque el español es en realidad el intento de imponer la lengua de Castilla sobre otras lenguas, del mismo modo que el italiano es fundamentalmente toscano. Sin duda, la unidad de la lengua fue fundamental para la construcción de los estados nacionales modernos, pero una vez que esto ha sido logrado, sería deseable un proceso inverso de respeto por los diferentes dialectos de origen latino como el catalán, así como también respetar la voluntad de quienes quieren expresarse en lenguas de otro origen, como el vasco. Aquí hay complicaciones políticas, como todos lo sabemos, que nos limitamos a señalar. Lo fundamental es no identificar ciertas lenguas dominantes como representativas de todos los pobladores de un país, tradicionalmente considerado como latino; el problema no es una pluralidad simple, sino una inmensa pluralidad si consideramos, por ejemplo, la multitud de lenguas indígenas que se hablan hoy en día en América Latina.

El Renacimiento, iniciado en Italia, tiene por principio un carácter laico autónomo de la Iglesia cristiana, y la respuesta es feroz: Giordano Bruno será quemado en la hoguera en Roma. Spinoza (alias Benito Espinoza de los Monteros) y otros pensadores heterodoxos tendrán que refugiarse en las ciudades más libres para protegerse de la intolerancia católica. A la vez que Montaigne representa, según Edgar Morin, la resurrección del mensaje universalista griego y latino en un mundo poscristiano: “Cuando leemos los *Ensayos* de Montaigne, encontramos muchísimas referencias [...] a los poetas griegos y latinos, pero no encontramos en ellos ninguna alusión ni a la Biblia ni al Evangelio”. (Quand nous lisons les *Essais* de Montaigne, nous y trouvons beaucoup de références[...] aux poètes grecs et latins, mais nous n’y voyons aucune allusion ni à la Bible ni à l’Évangile).⁹ Por su parte, mientras Pascal llega a la conclusión de que “no hay ninguna prueba lógica ni empírica de la existencia de Dios”, Descartes duda sistemáticamente y Francia se encamina al racionalismo que la llevará

⁹ *Ibidem*, p. 368.

a la Ilustración e incluso más lejos, para convertirse en representante supremo de la latinidad, a tal punto que el francés ocupará el lugar del latín como lengua internacional de la diplomacia, a la vez que en muchas partes del mundo será la segunda lengua de las clases educadas. Un claro ejemplo es Tolstoy, quien en múltiples pasajes de *La guerra y la paz* hace hablar a sus personajes en francés, un francés no muy correcto, según me dicen. El uso del francés como lengua franca internacional es anterior a Napoleón el Grande, de modo que fue más bien la nueva visión del mundo que se desarrolló en Francia la que sedujo a multitud de países para leer, e incluso hablar y escribir en francés.

En América, generalmente se acepta que la latinidad fue algo que los españoles, los portugueses y los franceses transplantaron al Nuevo Mundo. Sin duda las culturas indígenas jamás oyeron una palabra de Heródoto ni de Horacio, pero en el área cultural de Mesoamérica existía un concepto que presenta cierta similitud con la latinidad romana. La lengua náhuatl de los aztecas nos ofrece la palabra *toltecáyotl*, que significaba precisamente el gran arte, la alta cultura, la civilización que heredaron de otros pueblos de Mesoamérica que les precedieron. Los aztecas consideraban que la alta cultura provenía de sus antecesores inmediatos, los toltecas, de ahí el término *toltecáyotl*, pero históricamente sabemos que provenía de muy atrás, de Teotihuacán, de los mayas, en fin de los olmecas: es decir, más de dos mil años de vida sedentaria que permitieron la construcción de ciudades maravillosas. Lo mismo que los romanos, los mesoamericanos construyeron un Imperio politeísta, que adoptaba los dioses de los pueblos que conquistaba y, en consecuencia, su cultura.

Poco después del descubrimiento de América, el papa Alejandro II, dividió el Nuevo Mundo en dos partes para favorecer a sus aliados más conservadores; surgieron así la América española y la América portuguesa. La Conquista española fue cruel no sólo por la caballería y la artillería, sino por los trabajos forzados y muy particularmente por las epidemias: la población que habitaba en el espacio que ahora llamamos México

pasó de aproximadamente 15 millones en 1521, a sólo un millón a principios del siglo XVII. Sin embargo, España mostró algunos rasgos que podríamos considerar muy latinos: la reina Isabel la Católica prohibió la esclavitud de los indios (para desgracia de los africanos) y posteriormente, a partir de 1570, los indios quedaron excluidos del control de la Inquisición. El mestizaje se produjo desde un principio, no sólo entre españoles e indios, pues no debe olvidarse que el componente africano fue considerable. Pero lo que nos interesa destacar aquí es que, en el origen, lo que hoy se llama comúnmente América Latina estuvo profundamente marcada por una división entre España y Portugal.

El Imperio español en América, que sufría ya de una crisis estructural, se desplomó, casi en su totalidad, en virtud de los acontecimientos que siguieron a la expedición del ejército de Napoleón en España de 1808. De este modo, al conseguir su independencia las nuevas repúblicas hispanohablantes tienen que decidir su forma de gobierno, y se empeñan por crear sus propias literaturas y sus propias identidades nacionales, diferentes a la española. Para conseguir este objetivo se apoyan en parte en viejos principios españoles de autonomía local, a la vez que, de manera muy notable, en autores franceses. Pero mientras ciertos grupos liberales adoran a Voltaire, hay otros conservadores que son decididos partidarios de Chateaubriand; Victor Hugo afectará profundamente a los hispanohablantes, pero también Auguste Comte, a la vez que Tocqueville divulga sistemas de gobiernos no latinos como el de los Estados Unidos, cuyo éxito todos querían imitar. Por otro lado, las traducciones francesas de inscripciones y textos de culturas antiguas, no sólo de la grecorromana, permiten el acceso a las invaluable fuentes primarias de los orígenes de la latinidad.

La América portuguesa tomó un camino muy distinto, pues, como se sabe, desde principios del siglo XIX el Imperio portugués se refugió en Brasil, y tanto la abolición de la esclavitud como el paso al régimen republicano fueron allí muy distintos y tardíos.

En tiempos de la independencia hubo algunos intentos de buscar una unidad continental, ex-

presados principalmente por Simón Bolívar, el libertador sudamericano. Pero la Constitución de Cádiz de 1812, discutida y aceptada durante la ocupación de Napoleón de gran parte de España, paradójicamente fue muy liberal y favoreció los poderes locales y no la centralización. Esto produjo una atomización, como fue el caso de la América Central, que se dividió en pequeños países, a la vez que fue un obstáculo para la construcción de las nuevas naciones que sufrieron periodos de anarquía, al tiempo que se buscó una solución en las dictaduras. Todo ello favoreció enormemente el expansionismo de Estados Unidos.

En 1862 Charles Calvo, ministro de Asuntos Extranjeros de Paraguay en Francia e Inglaterra, publicó una obra en la que, según las investigaciones de Guy Martinière, se utiliza por primera vez el concepto de “América Latina”. Dedicó los veinte volúmenes de su *Recueil complet des Traités* a Napoleón III, con estas palabras: “Es su Majestad Imperial el soberano de Europa que mejor ha comprendido toda la importancia de la América Latina”. (*Votre Majesté Impériale est le souverain de l’Europe qui a le mieux compris toute l’importance de l’Amérique Latine.*)¹⁰ Precisamente en ese momento Napoleón III está invadiendo México con la intención de poner un freno al creciente poder de Estados Unidos, sumidos entonces en una terrible guerra civil. Al año siguiente, 1863, el senador francés Michel Chevalier publica el libro *Le Mexique ancien et moderne*, donde afirma: “Ya es hora de que Europa se una para ayudar a las naciones latinas, hermanas de América, a encontrar esta vía del progreso que Francia ha descubierto para sí misma y apoyar eficazmente a México en primer lugar para contener la expansión de los Estados Unidos”. (*Il est donc largement temps de s’unir en Europe pour aider les nations latines, soeurs d’Amérique, à trouver cette voie de progrès que la France a découverte pour elle-même et soutenir*

¹⁰ Guy Martinière, *Aspects de la coopération franco-brésilienne. Transplantation culturelle et stratégie de la modernité*, París, Presse Universitaire de Grenoble, 1982, pp. 27-28.

efficacement d’abord le Mexique pour endiguer l’expansion des Etats-Unis.)¹¹

En Europa el concepto de América Latina fue criticado por los españoles, los italianos y también por los alemanes. Y en la propia Francia se utilizó con mucha cautela después de la caída de Napoleón III. En el Nuevo Mundo, al terminar la intervención militar en México, el concepto de América Latina ganaba adeptos cada día; es preciso recordar que la ciencia de Bichat y la cultura de Renan habían seducido profundamente a los que ahora podían llamarse latinoamericanos, con lo cual hacían más definitiva su independencia de España o, en el caso de Brasil, confirmaban su predilección por las doctrinas de Auguste Comte, como señala Guy Martinière:

Las repúblicas de América se convirtieron así en repúblicas latinas, hermanas de la gran República francesa que guiaba al mundo hacia la Civilización y el Progreso. Los conflictos militares que se desataron a principios del siglo XX acentuaron esta nueva orientación. Según la visión estratégica ideológico-cultural de las clases dominantes francesas y sudamericanas, con la primera guerra mundial culminó en su cenit esta concepción de una civilización latina, verdadero eje Este-Oeste, símbolo de una prolongación de la Europa humanista, heredera del mundo grecolatino, hacia ese Nuevo Mundo con el futuro por delante, que constituían las *Repúblicas latinas* de América.¹²

¹¹ *Ibidem*, p. 29.

¹² “Les républiques d’Amérique devinrent ainsi des républiques latines, soeurs de la grande République française qui guidait le monde vers la Civilisation et le Progrès. Les conflits militaires, qui s’engagerent au début du XXe siècle, accentuèrent cette nouvelle orientation. Avec la première guerre mondiale, culmina en son zénith, dans la vision stratégique idéologico-culturelle des classes dominantes françaises et sudaméricaines, cette conception d’une civilisation latine, véritable axe Est-Ouest, symbole d’un prolongement de l’Europe humaniste, héritière du monde gréco-latin, vers ce Nouveau Monde si riche d’avenir que constituaient les Républiques latines de l’Amérique”; *ibidem*, p. 31.

El concepto de América Latina finalmente se impuso también en los Estados Unidos; al parecer, con el pragmatismo que los caracteriza no les importaba mucho esta estrategia ideológica-cultural y se ocupaban, en cambio, en consolidar su hegemonía en los niveles geopolítico y económico. El México intelectual de finales del siglo XIX era decidido partidario de todo lo que viniera de París, pero en el terreno de la economía los ferrocarriles que se construyeron en esa misma época, dirigidos en su mayoría al norte, ampliaron notablemente el mercado mexicano para los Estados Unidos.

En Europa, la latinidad que adoptó Napoleón III tenía igualmente objetivos geopolíticos imperiales, pero también consiguió algunos logros financieros. En 1865 Francia, Bélgica, Italia y Suiza firmaron una convención monetaria, la Union Latine, que consistía en dar las mismas características a sus respectivas monedas de oro y plata y permitir su circulación en todos los países miembros. Grecia se adhirió a esta convención en 1868 y luego siguieron otros países hasta sumar 23, incluyendo Perú y Venezuela; la convención cesó de existir en 1926.¹³

La latinidad o, más propiamente la Unión Latina como se le llamaba entonces, fue desarrollándose paulatinamente y podemos mencionar algunas manifestaciones. En 1878 el poeta rumano Vasile Alecsandri obtuvo el premio en un concurso de poesía celebrado en Montpellier, con su “Oda a la raza latina” en la que hacía un elogio *de l'esprit et de la perennité de la gent latine*.¹⁴ Por cierto, en Rumania la latinidad fue utilizada como elemento de unidad nacional, especialmente después de la anexión de la Transilvania como consecuencia de la Primera Guerra Mundial.

En Francia, en 1885 se fundó la Unión Latina Franco-Americana, cuyos objetivos y programa se publicaron en español. Por otro lado, la presencia de revistas especializadas demuestra la propagación de la latinidad; tal es el caso

¹³ Jean-Marc Leconte, *Le bréviaire des monnaies de l'Union latine: 1865-1926*, París, Cressida, 1994.

¹⁴ George e Ilinca Barthouil-Ionesco, *La latinité hier, aujourd'hui, demain. Actes du Congrès International*, Avignon, 1978, p. 23.

de *L'Union Latine. Revue Mensuelle Littéraire, Artistique et Scientifique*, publicada en Marsella en 1908, así como el semanario *L'Union Latine. Organe de Propagande des Groupements de tous Pays Latins de l'Europe et de l'Amérique Latine*, publicado en París en 1923.

En el año de 1900 el uruguayo José Enrique Rodó publica *Ariel*, y varias generaciones de hispanohablantes han leído este ensayo, y lo siguen leyendo, tal vez por la gran calidad de su escritura. En ese libro el autor contraponen el rudo utilitarismo de Calibán, es decir el materialismo de la cultura estadounidense, con el humanismo y la espiritualidad de Ariel representada por la América Latina, auténtica heredera de los clásicos. Dice el autor en la página inicial:

Ariel, genio del aire, representa en el simbolismo de la obra de Shakespeare [*La tempestad*] la parte noble y alada del espíritu. Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia, el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida.¹⁵

Para Rodó, gran lector de Renan, por cierto, una de las características más propias de la latinidad es el placer de la forma, es decir el cultivo de la belleza y el arte, entendido en su sentido clásico: lo bello, se piensa, ya recorrió la mitad del camino hacia lo bueno y hacia la justicia. No se trata, lo aclara el autor, de hacer de la estética —o de la historia— sirvientes de la moral, sino precisamente al revés.

En el carácter de los pueblos, los dones derivados de un gusto fino, el dominio de las formas graciosas, la delicada aptitud de in-

¹⁵ José Enrique Rodó, *Ariel*, Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 1975, p. 26.

teresar, la virtud de hacer amables las ideas, se identifican, además, con el “genio de la propaganda”; es decir, con el don poderoso de la universalidad. Bien sabido es que, en mucha parte, a la posesión de aquellos atributos escogidos debe referirse la significación *humana* que el espíritu francés acierta a comunicar a cuanto elige y consagra. Las ideas adquieren alas potentes y veloces, no en el helado seno de la abstracción, sino en el luminoso y cálido ambiente de la forma. Su superioridad de difusión, su prevalencia a veces, dependen de que las Gracias las hayan bañado con su luz.¹⁶

Rodó fue muy leído en Hispanoamérica, pero también fue criticado, especialmente por la debilidad de sus argumentos idealistas contra los Estados Unidos. La edición mexicana de 1908, pagada por el padre de Alfonso Reyes, don Bernardo, que era en ese momento gobernador del estado de Nuevo León, lleva una nota introductoria en que se le pide al autor: “una visión más amplia del espíritu norteamericano”. Por su parte, Mario Benedetti señaló que Rodó fue un autor del siglo XIX que “penetró en el siglo XX, pero más bien lo visitó como un turista”. Sin embargo, la crítica más severa fue la de Borges, quien lo llamó burlescamente un “norteamericano, no un *yankee*, pero sí un catedrático de Boston, relleno de ilusiones sobre latinidad e hispanidad”;¹⁷ es bien conocida la afición de Borges por las literaturas inglesa y escandinava.

Un escritor y político que tuvo un papel destacado en la difusión del concepto de América Latina fue el mexicano José Vasconcelos. Durante su adolescencia vivió en Piedras Negras, ciudad fronteriza con los Estados Unidos, y conoció en carne propia el desprecio con el que todavía hoy día maltratan a los mexicanos sus vecinos del norte. Como rector de la Universidad Nacional de México diseñó el escudo de esta institu-

ción: un mapa de América Latina coronado por el perfil de un águila y un cóndor, acompañado con esta divisa: “Por mi raza hablará el espíritu”. Posteriormente, como ministro de Educación visitó Brasil en 1922 y este viaje lo marcó hondamente. Tres años después publicaría su famoso libro *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana*. Esta obra, de contenido mesiánico, muy leída por la juventud de la época, resulta muy curiosa. Para Vasconcelos la historia de Occidente podría resumirse en el enfrentamiento de latinos y sajones, que se remontaría a 1588 con la derrota de la “Armada invencible” española. Los pueblos latinos, según Vasconcelos, son “poseedores de genio y arrojo” y están llamados a cumplir un “misión divina en América”. El autor llega al punto de asegurar: “El mundo futuro será de quien conquiste la región amazónica. Cerca del gran río se levantará Universópolis” capital del mundo.¹⁸

La edad dorada de la latinidad, según la opinión de Jacques Chonchol y Guy Martinière,¹⁹ fueron los años 1945-1955; en este periodo se fundaron la Maison de l’Amérique Latine, la Chambre de Commerce France-Amérique Latine, el Groupe Parlementaire d’Amitié France-Amérique Latine y L’Union Latine, un proyecto de origen francés creado en 1948 que subsiste hasta hoy, y que periódicamente ha reunido a intelectuales y funcionarios de alto nivel de todos los países latinos; su primer congreso internacional se celebró en Río de Janeiro en 1951.

Sin embargo, para algunos historiadores franceses el concepto unitario de la latinidad presentaba problemas para el análisis científico, y con mayor frecuencia se hablaba de las Américas Latinas. La crítica más aguda fue la de Fernand Braudel, quien consideraba que la latinidad en América surgió como un movimiento de oposición al creciente poder de los Estados Unidos. En

¹⁶ *Ibidem*, p. 72.

¹⁷ Estas críticas las hemos copiado del excelente prólogo de Belén Castro a su edición de *Ariel*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 108, 111 y 115.

¹⁸ José Vasconcelos, *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana*, Barcelona, Agencia Mundial de Librería, c. 1925, pp. 5, 15, 22 y 23.

¹⁹ Jacques Chonchol y Guy Martinière, *L’Amérique latine et le latino-américanisme en France*, París, Harmattan, 1985, p. 46.



un artículo de 1948 de título provocador, “Y a-t-il une Amérique latine?”, proponía esta respuesta:

Abogar es elegir, simplificar, apartar las objeciones, mutilar los hechos [...] ¿Podemos decir, sin más, que hay una tradición ibérica, indígena, mestiza, y que es una? ¿No es tomar los deseos por realidades? ¿Por qué habría el pueblo [...] de ser más unitario que la elite? Son los pueblos y las elites los que deben decirlo. No, no basta con dar la espalda a Europa o negar el valor exclusivo del blanco para fundir en una sola masa las vidas tumultuosas de un continente a la vez español y portugués, negro e indio, sin contar otras muchas aportaciones [...] [La conclusión a que llega Braudel es la siguiente:] A decir verdad, América Latina no es una, con nitidez cegadora, más que vista desde el exterior. Es una por contraste, por oposición, considerada en su masa continental, pero a condición de que ésta se oponga a los demás continentes, sin que esto le impida nunca estar profundamente dividida.²⁰

Tal vez no es por azar que estos años dorados de la latinidad corresponden a un cambio de la percepción de América Latina en ambos lados del Atlántico, como lo muestra un estudio espléndido de Denis Rolland. En 1943, Alfonso López Pumarejo, presidente de Colombia, inicia una violenta polémica al declarar: “Las circuns-

²⁰ “Plaider, c’est choisir, simplifier, écarter les objections, mutiler les faits... Peut-on dire, sans plus, qu’il y a une tradition ibérique, indigène, métisse, et quelle est une? N’est-ce pas prendre ses desirs pour des réalités? Pourquoi le peuple... serait-il plus unitaire que l’élite? C’est les peuples et les élites qu’il faut dire. Non, il ne suffit pas de tourner le dos à l’Europe, ou de nier la valeur exclusive du blanc, pour fondre en une seule masse les vies tumultueuses du continent tout à la fois portugais et espagnol, negre et indien, sans compter bien d’autres apports. [...] [La conclusión a que llega Braudel es la siguiente:] En vérité, l’Amérique latine n’est une, avec une netteté aveuglante, que vue de dehors... Elle est une par contraste, par opposition, prise dans sa masse continentale, mais à condition d’opposer celle-ci aux autres continents, sans que cela l’empêche jamais, d’être profondément divisée”; Fernand Braudel, *Cahiers des Annales*, núm. 4, París, 1949, citado por Guy Martinière, *op. cit.*, p. 32.

tancias actuales no han servido para conocernos mejor incitándonos a analizar nuestros asuntos con nuestro propio criterio, que no está subordinado al pensamiento europeo. América ha dejado de mirar hacia Europa y empieza a contemplarse a sí misma”. (*Les circonstances actuelles nous ont [...] servi à nous mieux connaître en nous incitant à analyser nos affaires avec notre propre critère qui n’est pas subordonné à la pensée européenne [...] L’Amérique a cessé de regarder vers l’Europe et commence à se contempler elle-même*). Por su parte, Lucien Febvre también percibe el fenómeno del otro lado del Atlántico: “La Historia está así llena de inmuebles que, sin cambiar de lugar, se encuentran sin embargo, y en general de manera bastante abrupta, con que ya cambiaron de posición”. (*L’Histoire est pleine ainsi d’immeubles qui, sans changer de place, se trouvent cependant, et en général assez brusquement, avoir changé de position*).²¹ Para Denis Rolland, lo que tiene lugar en estos años es “un retroceso de la influencia de la cultura política francesa o, más precisamente, una no renovación de la percepción de esta cultura: en las percepciones latinoamericanas, Francia se convierte poco a poco en un país de historia cultural más que un país de cultura activa; se palpa cierta fosilización de la cultura francesa y su repliegue en valores históricos” (*un recul d’influence de la culture politique française ou, plus précisément, un non renouvellement de la perception de cette culture: peu à peu, la France devient, dans les perceptions latino-américaines, plus un pays d’histoire culturelle qu’un pays de culture active; une certaine fossilisation de la culture française et son repli dans des valeurs historiques sont constatés*).²²

Paralelamente, después de la Segunda Guerra Mundial el francés ya no es más la segunda lengua que estudian los latinoamericanos, y cede su lugar al inglés debido a la gran presencia comercial de

²¹ Las citas de López Pumarejo y Febvre están tomadas de Denis Rolland, “L’Amérique a cessé de regarder vers l’Europe? La France, un modèle qui s’efface en Amérique Latine”, en Annick Lempérière et al. (eds.), *L’Amérique latine et les modèles européens*, París, Temiber/Harmattan, 1998, pp. 393-394.

²² Denis Rolland, *op. cit.*, p. 395.

Estados Unidos y de Inglaterra. Mas la anglofonía ha sido un proceso completamente diferente, porque, como señala Rolland, el *american way of life* es un “discurso que pretende ser moderno, vector de progreso, sin pretender ser civilizador” (*discours qui prétend être moderne, vecteur de progrès, sans prétendre être civilisateur*).²³

La lengua es imperio, decía Nebrija en su *Gramática castellana* a los Reyes Católicos de España, en 1492. Pero el imperio estadounidense se consolidó en la era de los medios masivos de comunicación, lo cual no fue su culpa sino del siglo, pero de manera agresiva y excluyente. El estilo de vida estadounidense que se impone por todo el mundo, y particularmente en los medios masivos de comunicación, presenta excepciones, sin duda, pero en conjunto devalúa y excluye a las demás culturas. Todos los imperios ejercen la violencia, pero hoy día es preciso hallar estrategias para romper el discurso único que se nos quiere imponer.

No obstante, la primera tarea que es preciso acometer en América Latina es combatir la desigualdad que se expresa a todos los niveles. El humanismo que trajo Cristóbal Colón al Nuevo Mundo es invisible para ciertos grupos, que en la ciudad de México cada 12 de octubre lanzan sogas a la estatua del navegante con el intento de derribarla. Se les puede calificar como fanáticos, pero sin duda, expresan un malestar actual y no una querrela antigua. La cuestión es que la latinidad es un proceso inacabado, especialmente porque no ha llegado a los grupos marginados por su cultura o su género. La piel oscura continúa siendo un estigma en muchos medios, lo cual resulta en extremo paradójico porque los antiguos griegos tenían la piel morena por su milenar contacto con Egipto y el Oriente Medio; el “modelo ario” es una invención del siglo XIX, como ha demostrado Martín Bernal.²⁴

Actualmente la latinidad se proyecta como un proceso de simbiosis entre el Norte y el Sur, y su concepto de humanismo universal, de respeto a las diversidades, sólo será posible reconociendo

²³ *Ibidem*, p. 430.

²⁴ Martín Bernal, *Black Athena. The Afroasiatic Roots of Classical Civilizations*, 2 vols., Londres, Free Association Books, 1987.

nuestras diferencias y atendiendo las particularidades de cada país, para así construir “una mundialización a la medida del hombre” (*une mondialisation à la mesure de l’homme*), como sugiere la Déclaration de Paris de l’Union Latine de 2004, publicada al cumplirse los cincuenta años de esa asociación. En esa ocasión el presidente de Francia, Jacques Chirac, expresó lo siguiente:

Para poner las fuerzas de la mundialización al servicio del desarrollo duradero y del progreso humano, para conjurar el miedo al cambio y la crispación de identidades, hoy más que nunca se impone la exigencia de un auténtico diálogo de las culturas, una exigencia que es la fuente de la latinidad. Éste es el sentido de lo que nos decía Carlos Fuentes cuando recibió en Río de Janeiro, hace ya cinco años, el Premio de la Latinidad: “Nuestra gran comunidad latina es la suma de sus partes. Incluye y nunca excluye. Al no despreciar a nadie, nos libera a todos. Debe ser la carabela, el buque almirante de un siglo XXI que será diverso o no será.”²⁵

En suma, la latinidad, la *toltecáyotl*, desde mi punto de vista es una causa que debemos apoyar de una manera decidida, pero desde el lugar social específico de un país periférico. Copiar acriticamente las tendencias o las modas de los países hegemónicos no resolverá nuestras necesidades particulares. En consecuencia, la latinidad no debe ser vista como un canal único, como el que construyó De Lesseps. Más bien es una gran vertiente formada por grandes ríos como el Orinoco y el Amazonas, el Sena y el Guadalquivir, que con-

²⁵ “Pour mettre les forces de la mondialisation au service du développement durable et du progrès humain, pour conjurer la peur du changement et la crispation identitaire, plus que jamais s’impose l’exigence d’un authentique dialogue des cultures, cette exigence où la Latinité puisse sa légitimité. Tel est le sens de ce que nous disait Carlos Fuentes lorsqu’il reçut à Rio, voici cinq ans, le Prix de la Latinité: «Notre grande communauté latine est la somme de ses parties. Elle inclut et jamais n’exclut. En ne méprisant personne, elle nous libère tous. Elle doit être la caravelle, le vaisseau-amiral d’un XXI^e siècle qui sera divers ou ne sera pas”; Union Latine, *op. cit.*, p. 5.

fluyen en el gran océano donde se encuentran todas las culturas humanas. Y si el agua corre por la fuerza de la gravedad, la ciencia y la cultura se diseminan por la fuerza de la libertad de expresión y con las alas de la forma. Pero todos estos grandes ríos se nutren de riachuelos, arroyos y manantiales, por lo cual la participación de cada uno de nosotros no es sólo necesaria sino indispensable para hacer nuevas aportaciones y revisar críticamente la tradición heredada. Un latino mexicano, Rubén Bonifaz Nuño, ha hecho precisamente esto al traducir la *Ilíada* directamente del griego, donde no sólo nos ofrece una versión en la lengua que hoy hablamos en México, sino además aporta una interpretación sorprendente del célebre poema de Homero.

Generalmente se ha considerado que el héroe de la guerra de Troya es Aquiles, que conquista la célebre ciudad. Mas para los mexicanos, según la interpretación de Bonifaz, el verdadero héroe es Héctor, quien defiende a los suyos y a su cultura de la agresión de un ejército extranjero, superior en fuerza. Durante siglos los mexicanos hemos resistido el embate de potencias externas y es por ello que nos identificamos con Héctor y con Cuauhtémoc, el emperador azteca que resistió la conquista española. Esta interpretación de Bonifaz tiene un alcance universal, pues si consideramos la primera recepción de los poemas homéricos, resulta lógico pensar que los atenienses y los espartanos, poderes hegemónicos, hayan tenido por héroe a Aquiles, pero también parece muy probable que la mayoría de las ciudades-estado griegas, las que sufrían el dominio de los atenienses y de los lacedemonios, se hayan identificado como nosotros con Héctor, el héroe de la resistencia.²⁶

Quisiera terminar señalando que durante el tiempo en que el profesor Chevalier estuvo al frente del Instituto Francés de América Latina en México, ocurrieron grandes cosas, de las que yo he podido enterarme platicando con el maestro Jean Meyer. Por supuesto se enseñaba francés y también había cursos de Civilización Francesa, pero

²⁶ Homero, *Ilíada* (introducción, versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño), 2 vols., México, UNAM (Bibliotheca Scriptorvm Graecorum et Romanorum Mexicana), 1996, p. XXXI.

hubo grandes innovaciones. Se organizó el primer cine club que hubo en México y se presentaron funciones de teatro. Los ciclos de conferencias y mesas redondas eran frecuentes y abordaban temas considerados tabú, como la intervención francesa en México y la revolución de Emiliano Zapata; bueno Zapata en sí no era propiamente tabú pero sí el espíritu crítico con que fue examinado. El célebre historiador don Luis Chávez Orozco afirmaba que la primera discusión sería —desde el punto de vista histórico— que hubo en México sobre Zapata fue en el Instituto Francés de América Latina. La biblioteca se enriqueció enormemente ofreciendo a los lectores tanto autores clásicos como de vanguardia. La Librería Francesa, ubicada muy cerca del viejo edificio del periódico *Excelsior*, era de por sí un foco luminoso de latinidad, allí se reunían los intelectuales de la época y se les daba un trato personalizado. Gracias al general De Gaulle, Air France transportaba los periódicos franceses casi gratuitamente; de modo que Carlos Fuentes, Rafael Segovia y muchos otros tenían un casillero personal en la Librería y acudían dos o tres veces por semana a recoger las últimas ediciones de *Le Monde* y otras publicaciones. Pero esto no era bastante para Chevalier: en su casa organizaba reuniones a las que todo el mundo quería asistir. Sobre esto hay dos hipótesis: una afirma que era la libertad y el espíritu crítico con que se discutían los asuntos contemporáneos y la cultura en general lo que atraía a los intelectuales; otros sostienen que la belleza de su esposa Josephe, y su exquisita hospitalidad, eran el gran imán de esas reuniones. No está por demás decir que esas magníficas cenas las pagaba el maestro de su propio bolsillo, y se estima que gastó una suma cuantiosa. Según las investigaciones que ha realizado Véronique Ébrard, el profesor Chevalier tuvo contacto directo, durante su estancia en México, con más de cinco mil personas.

Con el arrojito de Vercingetorix, con la convicción de los evangelizadores del siglo XVI en América, Chevalier divulgaba la latinidad por todas partes, pero además no era dogmático. La prueba de que era un ecléctico es que se transportaba por la ciudad de México en una motocicleta Harley Davidson de fabricación estadounidense.

